

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 25 DE MARZO DE 1912

Núm. 1.578

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



DOMINGO DE RAMOS, cuadro de Félix Mestres

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer tomo de la serie correspondiente al presente año, que es la preciosa novela de Jorge Sand

FRANCISCO EL EXPÓSITO

una de las más admirables de la celebrada escritora francesa, obra maestra de sentimiento y de imaginación, libro tan hermoso por su argumento como por su estilo.

SUMARIO

Texto.—De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — Antonio Fabrés, por A. García Llansó. — *Los reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria en Alicante.* — El Dr. D. José Paz. — *El aviador Vedrines candidato a diputado.* — Barcelona. *Homenaje al «Orfeb Catalá».* — *Matrimonio secreto* (novela). — Roma. *Atentado contra los reyes de Italia.* — Valencia. *Las «fallas» de San José.* — París. *La fiesta de la «Mi Careme»* — Libros.

Grabados.—*Domingo de Ramos*, cuadro de F. Mesires. — Antonio Fabrés. — *Transporte de heno en Normandía; Paisaje de Monte Cave en Roma; Un necesitado; El millonario; Un mercado en Normandía*, cuadros de Antonio Fabrés. — *Los reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria en Alicante.* — El Dr. D. José Paz. — Barcelona. *Homenaje al «Orfeb Catalá».* — *Vedrines recorriendo en aeroplano el distrito de Limoux.* — Roma. *Atentado contra los reyes de Italia.* — Valencia. *Las «fallas» de San José.* — París. — *La «Mi Careme»*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Desde hace un mes Barcelona se encuentra dominada por una de las más grandes preocupaciones colectivas que he conocido. La figura de Enriqueta Martí y su siniestro grupo, absorben la atención general con aquella tiranía de los misterios desconcertantes, de los enigmas terroríficos que solemos creer reservados a la novela folletinesca o al melodrama de arrabal.

No soy aficionado a la literatura del crimen; y aun entiendo que, en la mayoría de los casos, es sumamente pernicioso sacar esos temas judiciales de la esfera científica en que deben moverse para transportarlos al arroyo y entregarlos a la curiosidad irreflexiva y muchas veces insana de las gentes. Pero el caso de Enriqueta Martí es tan enorme y fuera de lo común, se enlaza con tantos problemas sociales y tantos puntos de vista psicológicos, ofrece materia para tanta reflexión y comentario que es imposible abstraerse a él y pasar de largo como si nada hubiese ocurrido.

Trátese de una forma de erotismo o de una forma de curanderismo infernal como parece más lógico, no cabe duda que obedecían a demandas de fuera o suponían un público consumidor y un estado de ilustración y conciencia por todo extremo alarmante y sobre el cual no es lícito cerrar los ojos.

Entre los muchos motivos de desorientación y perplejidad que ofrece esta causa, es el primero de todos la conducta extraña y contradictoria de la misma protagonista, su manera de vivir miserable a ratos y despilfarrada en otros; ahora en coche y con sombrero y más tarde descalza y harapienta; mendigando las sobras de los colegios, de los conventos, de los cuarteles y de las cárceles mientras encargaba y satisfacía vestidos y batas de lujo; teniendo en su habitación algunas salas bien amuebladas y hasta relativamente fastuosas al lado de infectos chiribitiles nauseabundos; poseyendo fincas en San Feliu, completamente improductivas y abandonadas, mientras se dejaba desahuciar en Barcelona por falta de pago y corría a salto de mata, de una a otra calle y de vivienda en vivienda, en compañía de su padre...

Acaso se diga que es ésta una forma de vesania o «locura discursiva.» ¿Pero se comprende que una vesania haya podido durante diez años, engañar a una población de setecientos mil almas, con su vecindario cuerdo, sus instituciones policíacas, gubernativas y judiciales? ¿Se comprende que Enriqueta haya podido, una y otra vez, reincidir en la sustracción y robo de criaturas, en su asesinato, en su abominable industria de filtros y de unturas, sin dejar rastro, sin levantar sospechas, sin sublevar la conciencia de un solo observador, hasta que la mera casualidad vino a poner sobre aviso a una vecina, en la calle de Poniente?

Tal es de enigmática y desconcertante la figura de esta terrible Germinia Lacerteux, que parece una supervivencia, a través de la civilización, de las antiguas Locustas romanas o de las tenebrosas hechiceras y Celestinas de la Edad Media. Si su tráfico era lucrativo, ¿dónde están las ganancias, por qué vivía miserablemente de las sobras cuarteleras, qué misterio de avaricia o disimulación, hasta ahora no explicado, le movería a esconder sus productos? Y si su infame trabajo, no obstante los riesgos, zozobras y dificultades que debía vencer, no daba para más,

¿cómo se explica su persistencia en él, su diabólica obstinación en una tarea de tal especie, si no supone ya un resto de superstición grosera y como maniqueísta combinada con otra superstición de barbarie medieval y con lecturas informes y mal digeridas de seudoprogreso moderno, de inyecciones vitales, de transfusión, de delirios y fórmulas de larga vida al estilo de las *Memorias de un médico*, tan gratas a los lectores de postal?

Juan Pujaló, el marido de Enriqueta, es otro ser extraordinariamente curioso, aunque más claro. Juan Pujaló, pintor, concurrente a casinos radicales, humanitarista, vegetariano y no sabemos si esperantista, teósofo, herbolario, traficante en antigüedades, trapero, vendedor de libros viejos, ofrece una encarnación y ejemplo palpante de lo que han hecho del alma popular las predicaciones redentoras de los últimos veinte años.

Pujaló es un hombre representativo. Es el producto pedagógico de toda una campaña de emancipación social. Es el tipo medio del trabajador adultorado por la cultura de mitin, de semanario ácrata y de librillos de kiosco. Sus conversaciones y las cartas que ha dirigido a algunos periódicos, ofrecen una fraseología inconfundible y desconsoladora, de «hombre consciente» y humanitario, que hacen desear, por contraste, la ignorancia pura, virginal e incontaminada de un pastor o de un marinero.

Sus palabras y sus cuadros, sus remitidos y su libro de recetas, sus explicaciones y su manera de vestir, sus ideas y sus cabellos a la merovingia, proclaman esa labor deplorable de veinte años, esa destrucción del cerebro de las clases humildes, tocadas hoy de una pedantería de lenguaje sociológico, que da pena, pena profunda, porque el mal ya no tiene remedio y porque se ha hecho de su inteligencia, en vez de un depósito de nociones claras, precisas y útiles, un espantoso *pandemonium* de ideologías adultaradas y corruptas, de conceptos caóticos, de frases barrocas, huecas, incomprendidas y mal aplicadas.

Deshechar todo eso, volver a la normalidad esa inteligencia ofuscada y extraviada costará muchísimos años de labor perseverante y heroica, caso de que sea posible conseguir la enmienda. Se ha matado la fe y el instinto religioso en el alma de las multitudes so pretexto de combatir la superstición y el fanatismo, la superchería y la ignorancia. Pero lejos de llegarse a la cultura racionalista que se tomó como meta, hemos venido a parar en otras supersticiones horrendas y seudocientíficas, en que el error grosero y bestial se enlaza con la ferocidad y el crimen, y la ignorancia petulante con la depravación ética más espantosa, vestido todo con un ropaje oratorio extravagante y campanudo, que debiera infundir lástima a todos los hombres de buena y acendrada voluntad.

Por ventura no se ha dado al caso de Enriqueta Martí y de Juan Pujaló toda la trascendencia que tiene. La casualidad ha venido a abrir un boquete en el muro de sombra que nos aísla de la tétrica Suburra del arrabal de misterios, con que cuenta toda población importante.

El primer botón de muestra que ha saltado al hurgar, por una ley de inducción lógica hace presumir cuántas y cuántas anomalías se esconden en la tiniebla de ese mundo desconocido, de esos bajos fondos inexplorados. Centenares de curanderos, de herbolarios, de zahoríes y echadoras de cartas, de sonámbulos, arúspices y comadrones, de espiritistas y adivinos acampan por esas calles y viven de la común ignorancia y del ajeno desatino. ¿Será su nivel mental y ético diferente del que el descubrimiento de la secuestradora de Teresita Guitart nos ha puesto ante los ojos? No es probable. Sin duda la ferocidad y los bajos instintos, no llegan a tal extremo en la mayoría; pero no es aventurado sospechar la existencia de un residuo más o menos importante en el cual florezcan análogos extravíos o que cuando menos los aproveche una vez consumados.

Jamás se ha jactado tanto la gente como ahora y en especial en las capitales populosas de lo que nuestros padres llamaban «despreocupación», al querer expresar con eufemismo su falta de creencias o su aversión a lo sobrenatural. Y nunca, por ventura, como en esta edad y en las grandes metrópolis, se acude a los recursos del ocultismo y la nigromancia en todas sus formas, incluso las más burdas, las más inverosímiles, las que no hubieran obtenido credulidad en tiempo de las *ordalías* y los juicios de Dios.

Los mismos periódicos, que simbolizan la nueva era y que son la señal de nuestro siglo de la razón, sirven de vehículo a tales embustes y en sus páginas de anuncios hacen el reclamo de la superstición que combaten y ridiculizan en sus páginas doctrinales. Desde Mme. Thebas, en París, hasta la última Pitonisa de Sans o San Andrés de Palomar, todas, por

poco que puedan, acuden a la publicidad para llamar la atención y atraer clientes y bobos.

Y aquí entra el aspecto social del problema. Enriqueta Martí, Juan Pujaló, y los centenares de Enriquetas y de Pujalós más o menos atenuados que en Barcelona campan y pelechan, ¿existirían si no obedeciesen a una corriente social, a un estado de espíritu, a una mentalidad que los hace posibles y aun los exige y remunera?

La misma sociedad que se espanta ahora, y con tanta razón, de los nefandos delitos que acaban de descubrirse, no da la menor importancia a la credulidad en remedios callejeros y en prácticas de charlatanismo y cartomancia. La Iglesia no ofrece ya bastantes consuelos para muchas almas agostadas y los buscan en las falaces predicciones de unos agoreros sin conciencia. Los médicos más sabios no atienden, a lo mejor, en el tratamiento de una enfermedad o la ciencia no ha hallado todavía recursos eficaces contra ella, y se acude también al herbolario y al curandero para que hagan de las suyas; y suelen decir en disculpa de esta propensión:—Los doctores de Universidad se equivocan diez veces al día...

Muy cierto. Pero si los doctores de Universidad y la ciencia seria, experimental y comprobada se equivocan diez veces al día o se declaran impotentes ante una porción de formas patológicas, ¿qué no sucederá con el patán metido a cirujano y a médico, con ese amasijo de inmundas supersticiones y cábalas, las más irracionales y gratuitas que puedan darse, que forman el «secreto» de los curanderos?

¡El secreto! Helo aquí todo: el secreto, el misterio, lo inexplicable, lo extranatural, lo estrambótico, lo inverosímil. Esta es la ley de las inteligencias flacas, que son las más, y que nos ofrecen el caso de señoras locopetadas que acuden en automóvil al antro de Locusta para conocer las infidelidades del marido u obtener el filtro que le haga insensible a los atractivos de otras mujeres, lo mismo que el caso del librepensador que asiste a todos los mitines de *pro*—*pro* presos, *pro* amnistía, *pro* abolición—y que después de no creer en nada: Dios, moral, pública honestidad, cree a pie juntillas en las pócimas para librarse de un conjuro, del mal de ojo o del *riñón quebrado*, como reza el formulario de Pujaló.

Todo ello hace pensar en la necesidad de un saneamiento colectivo, aprovechando la remoción de conciencia producida por el descubrimiento de la secuestradora. El curanderismo, las intrusiones profesionales, el ejercicio ilegal de la Medicina pueden y deben perseguirse con los reglamentos gubernativos y hasta con el Código penal en la mano. Pero ningún procedimiento es infalible más que el procedimiento *pneumático*, el procedimiento del vacío, la falta de atmósfera social propicia a su crecimiento.

Es en el alma de la sociedad donde se ha de ahogar, sin tregua ni descanso, el germen de la credulidad ilícita y de la superstición grosera que provoca tales transgresiones y monstruosidades. Si no existiesen esa superstición, esa credulidad, esa necedad ambiente, no hubiera quien tratase de servirlos, de explotarlos y, si se quiere, de engañarlos por modo tan siniestro.

No debemos guardar exclusivamente nuestra repulsión y nuestros anatemas para los viles servidores de esos extravíos, de esa perversión del criterio. Merécenlos también los clientes, aun aquellos que no supieron a punto fijo de qué se trataba, porque los que lo supieran pasarían al primer puesto de la delincuencia. Merécenlos porque su estupidez y su temeridad son causa de que exista y prospere lo otro.

Si aquí hubiese movimiento social y obrerista de verdad, no una simple captación interesada de votos y simpatías desde diversos campos ¡qué ocasión más oportuna para mover los ánimos, despertar los corazones y trazar una divisoria entre la falsa instrucción y la verdadera, entre lo racional y lo racionalista, entre lo humanitarista y lo simplemente humano!

Me he dejado llevar, por esta vez y como excepción, de un tema criminal y que acaso alguien reputa deprimente. Pero no he abordado tal materia mirando a la depresión, ni al sentido lúgubre y pesimista de la existencia, sino por el incentivo de enigma psicológico bajo que se presenta y por lo que viene a iluminar los oscuros fondos de la sociedad contemporánea, llenos de negación, de vacío y de amenaza. Quien pueda entender que entienda; quien deba enmendarse que se enmiende y que todos los que abominan de los crímenes y de sus autores al verlos descubiertos y en toda su horripilante desnudez, recapaciten la parte de estímulo que pueden prestar a otros semejantes con la pasividad y la indiferencia, con la tolerancia de groseros errores supersticiosos, acaso con la debilidad de compartirlos sin saber claramente de qué se trate.

MIGUEL S. OLIVER.



ANTONIO FABRÉS

en las Exposiciones Internacional de Bellas Artes (Pabellón español) y de los Independientes, de Roma



La novísima labor de Fabrés, las notables producciones que ejecuta en extranjero suelo, demuestran de modo evidente que su personalidad artística conserva los mismos caracteres que ayer. Preséntase, como siempre, fervoroso partidario de la forma y del color, con cuyo auxilio puede trasladar al lienzo sus modelos en su aspecto más bello y agradable, procurando sorprender líneas, pormenores o tonos que aumentan el encanto o acentúan la impresión que su aspecto produce.

Cuando residía en esta ciudad y antes, por lo tanto, de trasladarse a París, México y Roma, organizó una copiosa exposición de sus obras, que recordamos, y hoy, al cabo de los doce años transcurridos, podríamos perfectamente repetir lo que dijimos entonces con motivo de aquella artística exhibición, agregando, en todo caso, que se observa mayor maestría en las producciones ejecutadas recientemente, no porque Fabrés no se hallase, en la época a que nos referimos, en el apogeo de sus facultades, sino porque no en balde transcurre un período de más de dos lustros.

Fabrés no ha pretendido jamás ser un innovador o un revolucionario, antes al contrario, ya que si debiéramos juzgarle por la tónica y la tendencia que revelan sus obras, afirmaríamos que siempre ha sido mantenedor entusiasta de nuestras artísticas tradiciones, admirador de los grandes maestros de la escuela española y como ellos dominado por los encantos del color y la belleza de la forma. Mas nuestro distinguido paisano no ha parado mientes en las ruidosas manifestaciones y alabanzas ni en injustificadas censuras, puesto que su espíritu varonil ha prescindido de cuanto su razonamiento ha rechazado, y ha seguido, con segura huella, la senda por la que enderezara sus pasos allá

en los comienzos de su carrera. Dueño de sí mismo, saturado y convencido de la bondad de sus ideales, ha proseguido con verdadera entereza el noble propósito de dar forma, color, vida y expresión a sus geniales composiciones.

«Que la forma y el color—dijimos hace años al ocuparnos de la obra de este pintor—sojuzgan al genial artista, no cabe negarlo. De ahí las minucias en el procedimiento y la rica tonalidad de sus producciones, sin que a pesar de una y otra circunstancia pueda atribuírsele el calificativo de detallista y con menos acierto el de partidario de los efectismos.» El deseo de dar relieve y forma corpórea a sus figuras no las perjudica, puesto que con su habilísimo pincel salva cuantas dificultades pudieran ofrecérsele y logra vencerlas, sin incurrir en rebuscamientos. La labor del artista, con ser minuciosa, aparece siempre franca, fácil, espontánea, sin que se adivine cansancio, vacilación o duda, y la rica gama que se amasa en su paleta completa la obra con los admirables efectos del color, que determina la calidad y la expresión.

Aparte del modo de ser del artista, de su temperamento especialísimo, débese tal modo de producir a la mudanza operada en el empleo de los medios que ha debido utilizar para las formas de expresión.

Preciso es recordar que Fabrés trocó los palillos por los pinceles, después de haber producido obras premiadas en públicos certámenes artísticos, y débese el pensionado que disfrutó en la Ciudad Eterna a la distinción otorgada al autor por el mérito de una de ellas. Varias fueron sus producciones escultóricas notables y que merecen citarse singularmente, como

de los colores, constituyen, en cierto modo, la característica de la personalidad artística de Antonio Fabrés, que no se estaciona ni decae.

El nuevo empeño del artista, trocando los medios en que manifestar su ingenio, el esfuerzo que tal mudanza representa y la ímproba labor que soportaba, amortiguaron sus energías, haciendo presa en su organismo una febril dolencia que le obligó a restituirse a su patria, en donde pudo pronto restablecerse y reanudar las tareas artísticas, produciendo obras admirables que, como la *Ofrenda a la Virgen* y *Los borrachos*, merecieron grandes elogios al ser conocidas en la nación vecina, producciones de las que la primera se consideró digna del pincel de Meissonnier.

Establecido en París e invitado a dirigir la Academia de México, aceptó el honor y la distinción recibida y trasladóse a aquel antiguo dominio español lleno de entusiasmo y dispuesto a realizar sus proyectos artísticos, logrando al poco tiempo de su residencia en aquel país que tanto le distinguiera crear en torno de sí un verdadero centro artístico, constituido por todos aquellos que acudían a la Academia en busca de las enseñanzas y consejos de su maestro y director.

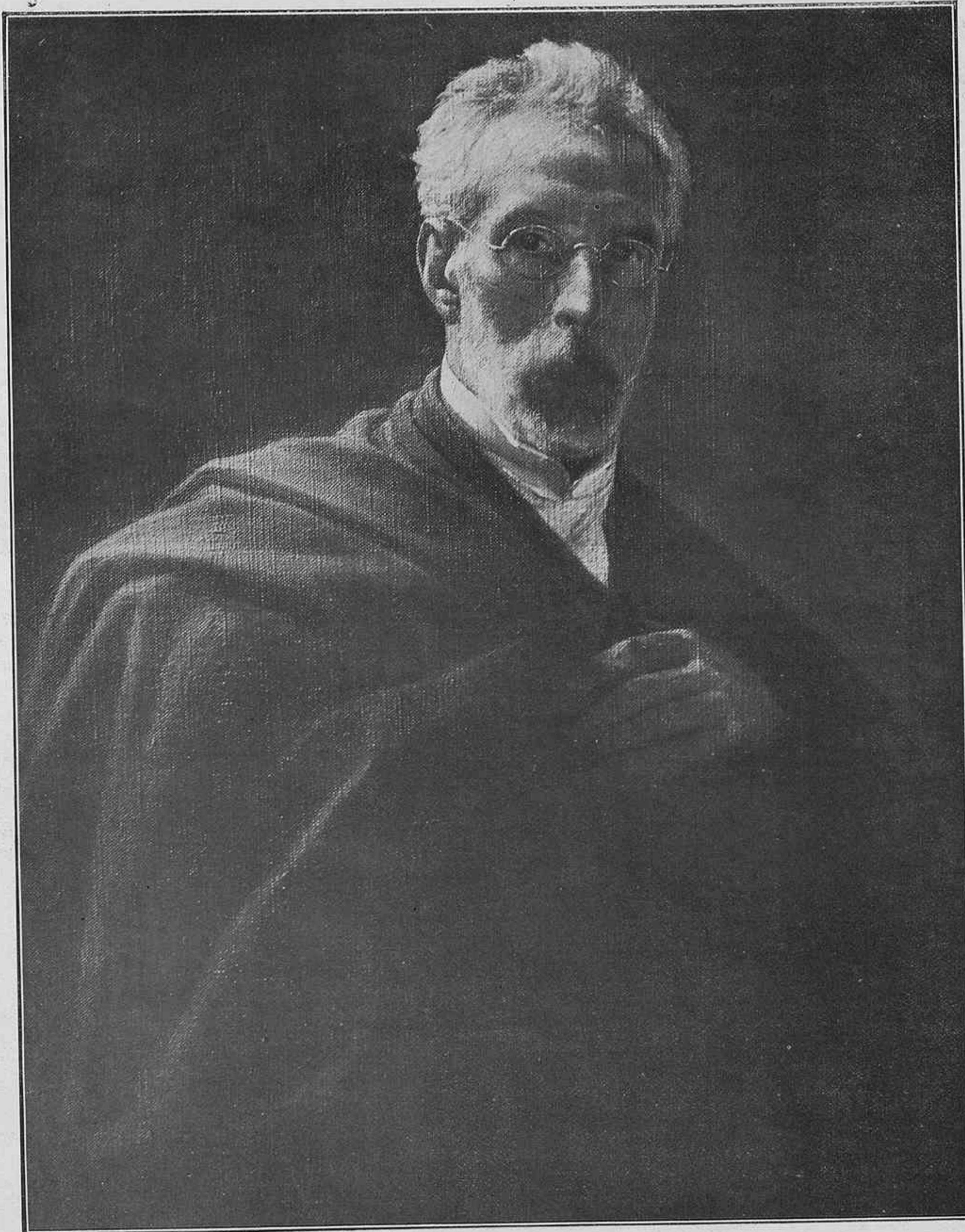
Sin el ambiente que necesitaba el artista, llegó a hacérsele algo penosa su estancia en América y, pronto en sus resoluciones, dimitió el cargo y regresó a Europa, instalándose en Roma, la antigua ciudad de sus ensueños artísticos, que tanto le aplaudió por sus obras escultóricas y en la que produjo sus primeros cuadros.

Algunos, al examinar sus obras artísticas, le han supuesto «minucioso como Teniers, dibujante como Meissonnier y colorista como Fortuny;» mas nosotros entendemos que la personalidad de Fabrés tiene sobrado relieve para afirmar que aun admitien-

do el tal supuesto, aun participando de las cualidades artísticas de los tres eminentes pintores, su personalidad tiene carácter propio y definido que impide confundirle con otros artistas.

En la Exposición de Roma y en el Pabellón Español, así como en la Exposición de Independientes, celebrada también en aquella ciudad, y en las cuales ha expuesto el artista un considerable número de obras, algunas de las cuales nos ha cabido la suerte de poder reproducir, ha podido apreciarse por los inteligentes la importante labor de Fabrés. El precioso autorretrato que presidía su particular exhibición, en la Exposición de Independientes, reproduce de modo admirable las cualidades del artista, así como sus lienzos *Transporte de heno en Normandía*, *Un necesitado* y *El millonario*, en los cuales el pintor, consecuente con su credo artístico, hace gala de su dominio en la forma y en el color. Análogas observaciones pueden hacerse del bello paisaje que figuró en el Pabellón Español y singularmente del *Mercado en Normandía*.

Sirvan estos renglones de saludo y de tributo merecido a su laboriosidad e ingenio y como testimonio de la consideración que nos merece quien como Fabrés honra a su patria por medio de la valía de sus obras.—A. GARCÍA LIANSÓ.



Antonio Fabrés, autorretrato. (Exposición de Independientes, en Roma.)

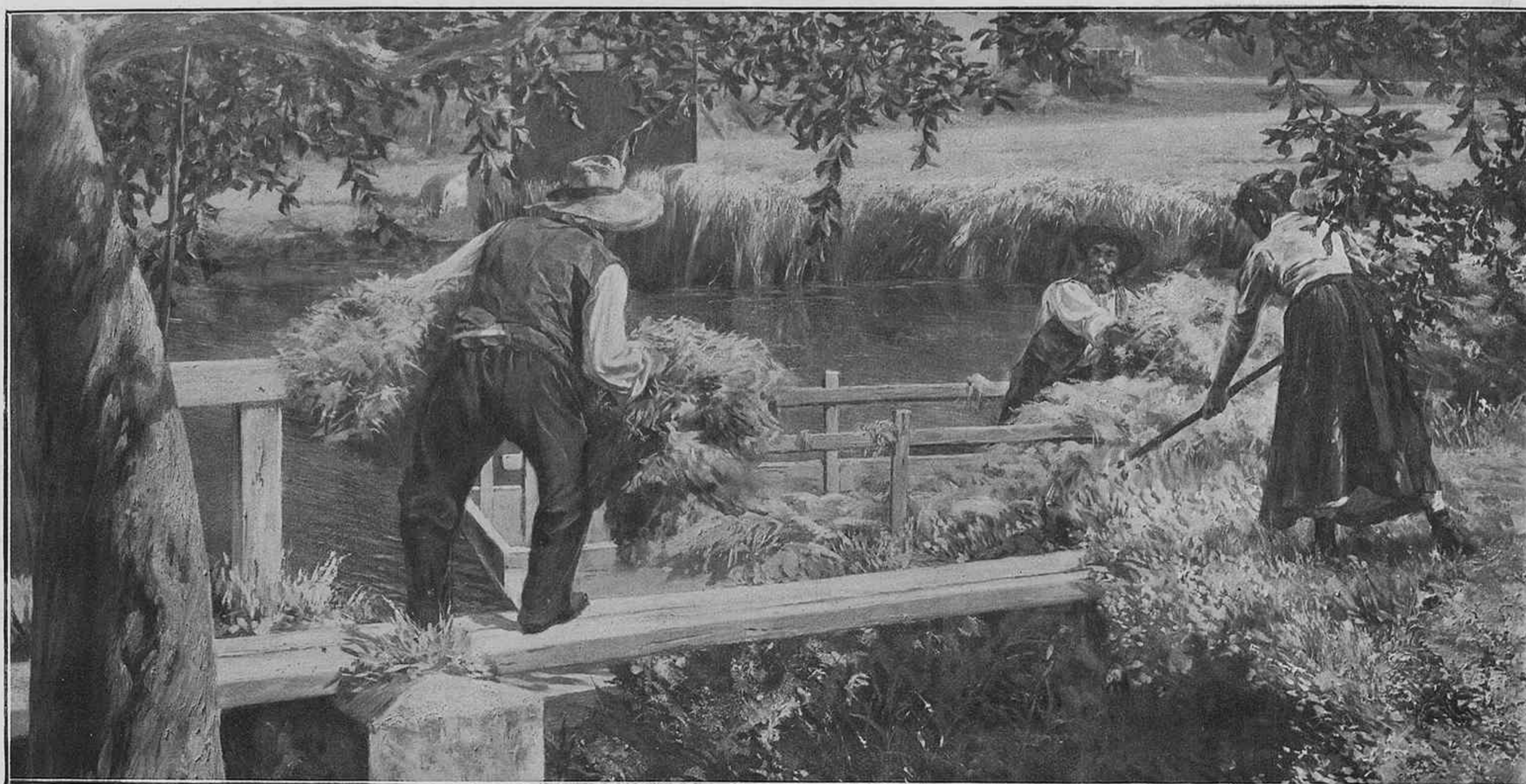
son la hermosa estatua de *Abel muerto*, admirablemente modelada y sentida, a la que debió la concesión de su pensionado. Establecido ya en Roma, la grandiosidad romana, tan deseada y harto soñada por el artista, le inspiró obras tan notables como lo son, *Prometeo*, *El domador de serpientes*, *Escena báquica*, *San Marcos*, *El Siglo XIX* y la estatua de la *Tragedia*.

Mas de poco sirvieron al laureado escultor los lauros que le producían las obras que ejecutaba, puesto que se sentía atraído por la elegancia, la belleza y esa fascinación que producía la contemplación de su compañero Fortuny, y sin debilidad ni vacilación, abandonó la escultura, convirtiéndose en hábil y delicado acuarelista.

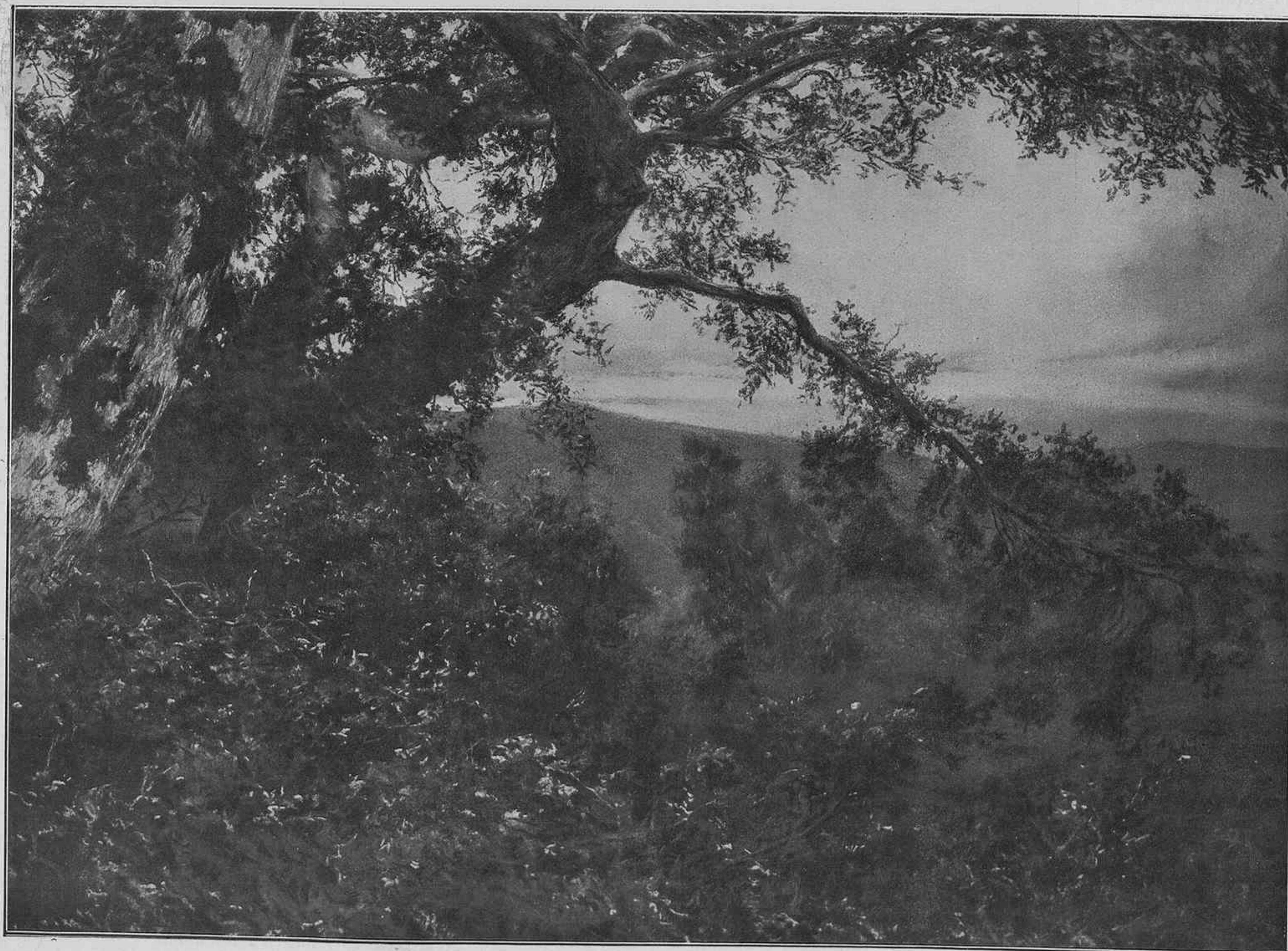
Ya hemos dicho que los hábitos contraídos en los comienzos de sus labores escultóricas se deben al constante empeño que ha perseguido siempre de aumentar la forma y avalorar el relieve, sin que por ello, se perjudique la producción, que ejecutada con prolijidad y habilidosa maestría es siempre reveladora de la valía de quien la produce. El entusiasmo de que dió muestra en sus juveniles años en favor del arte y la fogosidad de su temperamento, dispuesto para amalgamar sus poéticos impulsos con los encantos que produce la línea y la subjetiva impresión

ANTONIO FABRÉS EN LAS EXPOSICIONES DE LOS INDEPENDIENTES E INTERNACIONAL DE ROMA

(De fotografías de César Faraglia)



TRANSPORTE DE HENO EN NORMANDÍA, cuadro de Antonio Fabrés



PAISAJE DE MONTE CAVE EN ROMA, pastel de Antonio Fabrés



UN NECESITADO cuadro de Antonio Fabrés

SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO XIII Y DOÑA VICTORIA EUGENIA EN ALICANTE

(Fotografías de Asenjo y Salazar.)



SS. MM. D. Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia saliendo de la recepción celebrada en el Ayuntamiento el mismo día de su llegada a Alicante



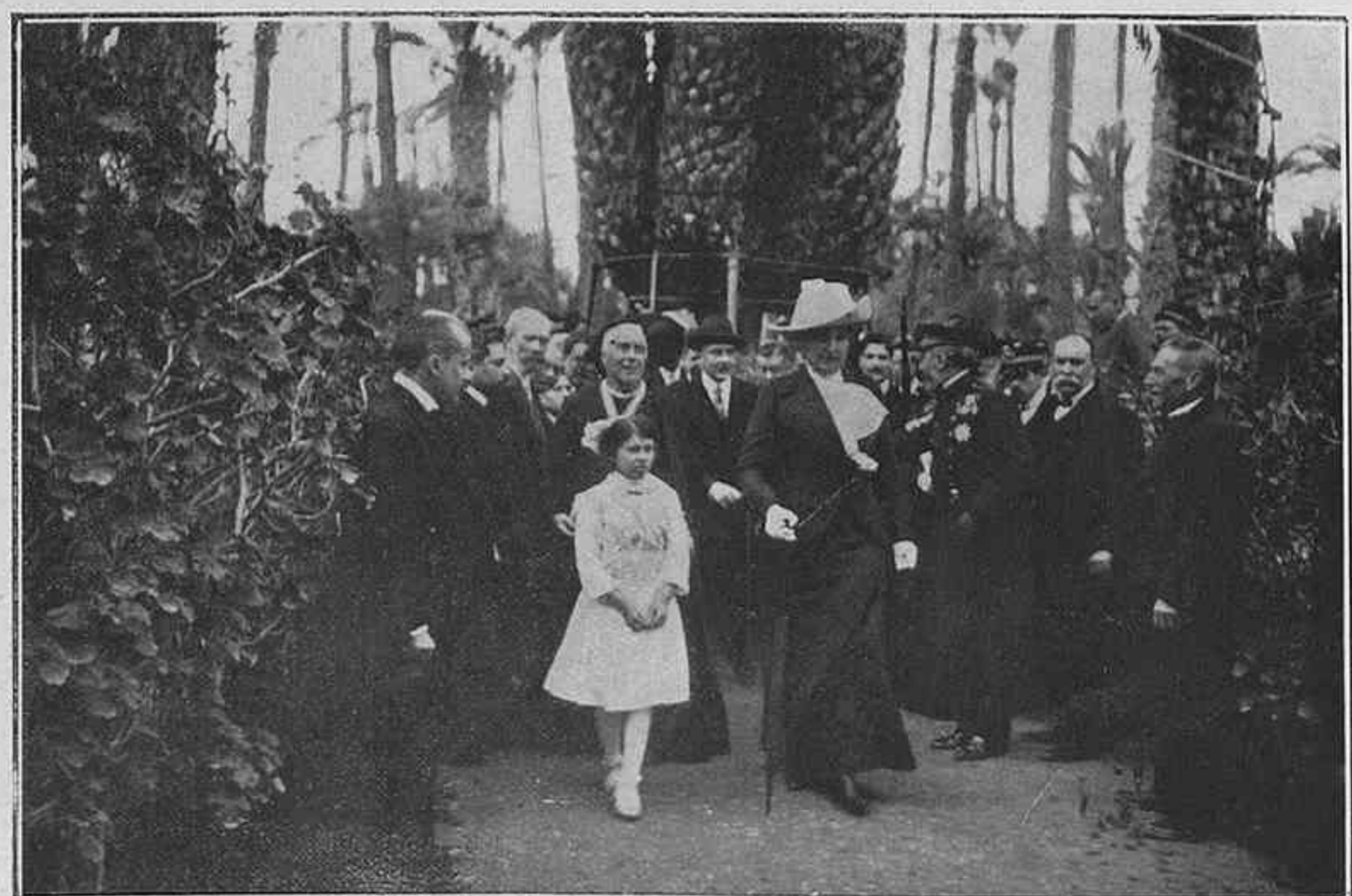
Aspecto que ofrecía la calle de Altamira al terminar la recepción en el Ayuntamiento



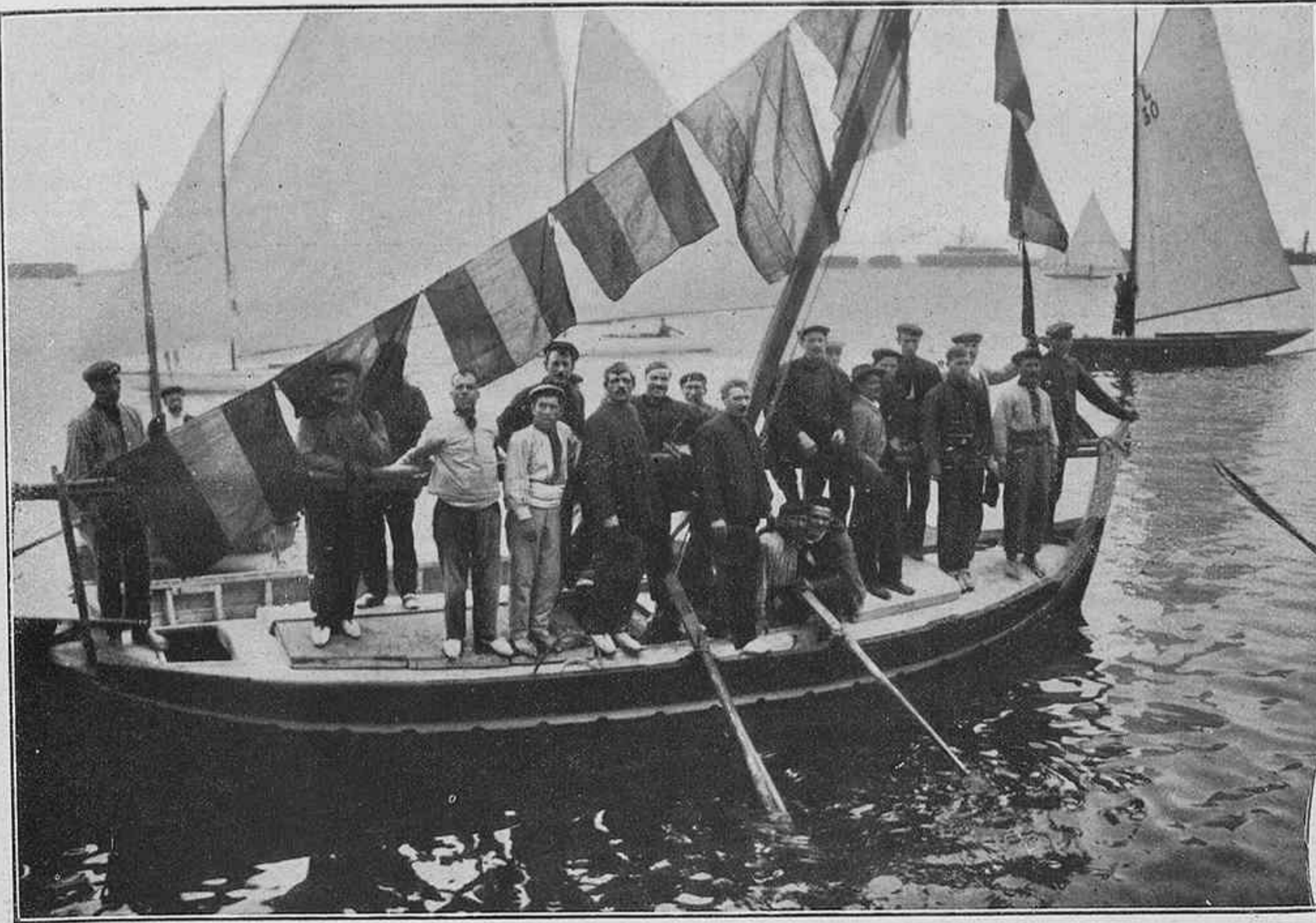
SS. MM. D. Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia y el príncipe Leopoldo de Battenberg revistando en el parque de Canalejas las fuerzas que habían acudido a tributarles los honores a su llegada



SS. MM. D. Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia y el príncipe Leopoldo de Battenberg paseando por el Paseo de los Mártires



S. M. la reina Doña Victoria Eugenia visitando en Elche el huerto del cura Castaños, en donde está la famosa palmera de ocho brazos



Laúd regalado al pescador Francisco Aguiló por la Junta de Protección a la Infancia y cuyo título de propiedad entregó al interesado S. M. la reina Doña Victoria

LOS REYES D. ALFONSO XIII Y DOÑA VICTORIA
EN ALICANTE

Alicante se ha visto honrada con la visita de Sus Majestades los reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia, quienes han permanecido en aquella capital cuatro días, siendo objeto de grandes agasajos y de continuadas muestras de entusiasta afecto.

Desde las primeras horas de la mañana del día 15 Alicante ofrecía el espectáculo de una animación extraordinaria; la mayoría de las casas hallábanse engalanadas y una multitud inmensa llenaba las calles esperando el paso de la regia comitiva. Poco antes de las nueve llegó el tren real al Parque Canalejas, en donde se hallaban las autoridades, corporaciones y numerosos particulares. Al descender SS. MM., a quienes acompañaban el príncipe Leopoldo de Battenberg, el presidente del Consejo señor Canalejas, el ministro de Marina general Pidal y varios altos dignatarios palatinos, los buques de guerra surtos en el puerto hicieron las salvas de ordenanza y el público prorrumpió en estruendosas aclamaciones.

Después que el alcalde Sr. Soto hubo saludado a los reyes, éstos revistaron la fuerza que tributaba los honores y en seguida organizóse la comitiva, que se encaminó a la colegiata de San Nicolás, en donde se cantó un *Te Deum*, y desde allí al puerto, en donde SS. MM. se embarcaron dirigiéndose al yate real *Giralda*.

Al mediodía, D. Alfonso y Doña Victoria, con su séquito, desembarcaron y fueron al Ayuntamiento, celebrándose allí una recepción brillantísima a la que concurrieron todos los elementos oficiales, muchas comisiones y un número

extraordinario de señoras. Terminada la recepción, SS. MM. regresaron al *Giralda* y por la tarde estuvieron don Alfonso en el Tiro de Pichón y Doña Victoria en el Ayuntamiento para presidir la inauguración del Ropero Santa Victoria y luego en el teatro Principal, donde presidió el reparto de premios a los niños de las escuelas públicas.

Por la noche, celebróse a bordo del *Giralda* el banquete con que Sus Majestades obsequiaron a las autoridades y luego asistieron los reyes a un escogido concierto que en honor suyo se había dispuesto en el Casino.

Al día siguiente, SS. MM. visitaron el Club de Regatas, en donde la reina Victoria entregó al pescador Francisco Aguiló el título de propiedad de un laúd de pesca que la Junta de Protección a la Infancia acordó regalar al pescador más pobre y que ha sido bautizado con el nombre de la soberana. Después, mientras el rey tomaba parte en las regatas, la reina, acompañada del príncipe de Battenberg y del Sr. Canalejas, marchó a Elche, en cuya esta-

ción esperábala la población en masa, que le tributó una ovación tan entusiasta como cariñosa.

En la iglesia de Santa María se cantó un *Te Deum*, terminado el cual S. M. visitó el camarín de la Virgen. Desde el templo, dirigióse la reina a una de las principales fábricas de alpagatas de la población, la de D. José Juan Orts, en donde le fué regalado un par de alpagatas ricamente bordadas y trabajadas, y al famoso huerto del cura Castaños, en donde se halla la célebre palmera de ocho brazos. El huerto estaba adornado con profusión de guirnaldas, gallardetes y banderas y en él la augusta dama presenció las distintas operaciones que se realizan para el tratamiento de la palmera, regresando luego a Alicante.



S. M. la reina Doña Victoria inaugurando la repoblación forestal del Castillo de Benacantil

Por la tarde asistieron SS. MM. a la corrida de toros, que resultó magnífica. La plaza ofrecía un aspecto brillantísimo y el público, que ocupaba todas las localidades, tributó a los reyes ovaciones entusiastas. Por la noche hubo banquete oficial en el *Giralda* y función de gala en el teatro Principal.

El día 17 D. Alfonso tomó parte en las regatas, en las que ganó el primer premio, y Doña Victoria inauguró la repoblación forestal del Castillo de Benacantil. Después visitó el monasterio de Santa Clara y se dirigió a Busot, almorzando allí en medio del bosque.

Por la tarde celebróse la batalla de flores, en la que figuraron 27 magníficas carrozas; los reyes la presenciaron desde una tribuna artísticamente engalanada. Después SS. MM. presidieron en el Club el reparto de premios a los vencedores de las regatas y terminada aquella ceremonia emprendieron el regreso a Madrid, siendo despedidos en la estación por todas las autoridades y por un público numeroso que aclamó a las augustas personas. — R.



La batalla de flores.—Desfile de carrozas.—La tribuna regia.—Carroza que representaba un joyero. (Fotografías de Asenjo y Salazar.)



EL MILLONARIO, cuadro de Antonio Fabrés. (Exposición de los Independientes de Roma.)



UN MERCADO EN NORMANDÍA, cuadro de Antonio Fabrés. (Exposición de los Independientes de Roma.)

plano, se presentó candidato a la diputación por el distrito de Limoux, aspirando a ocupar el puesto que dejó vacante el Sr. Dujardin-Beaumetz al ser

Borbón primero y del Palacio de Luxemburgo después el famoso hombre cañón, y haciendo observar que Vedrines, además de un gran aviador, es un muchacho muy inteligente.

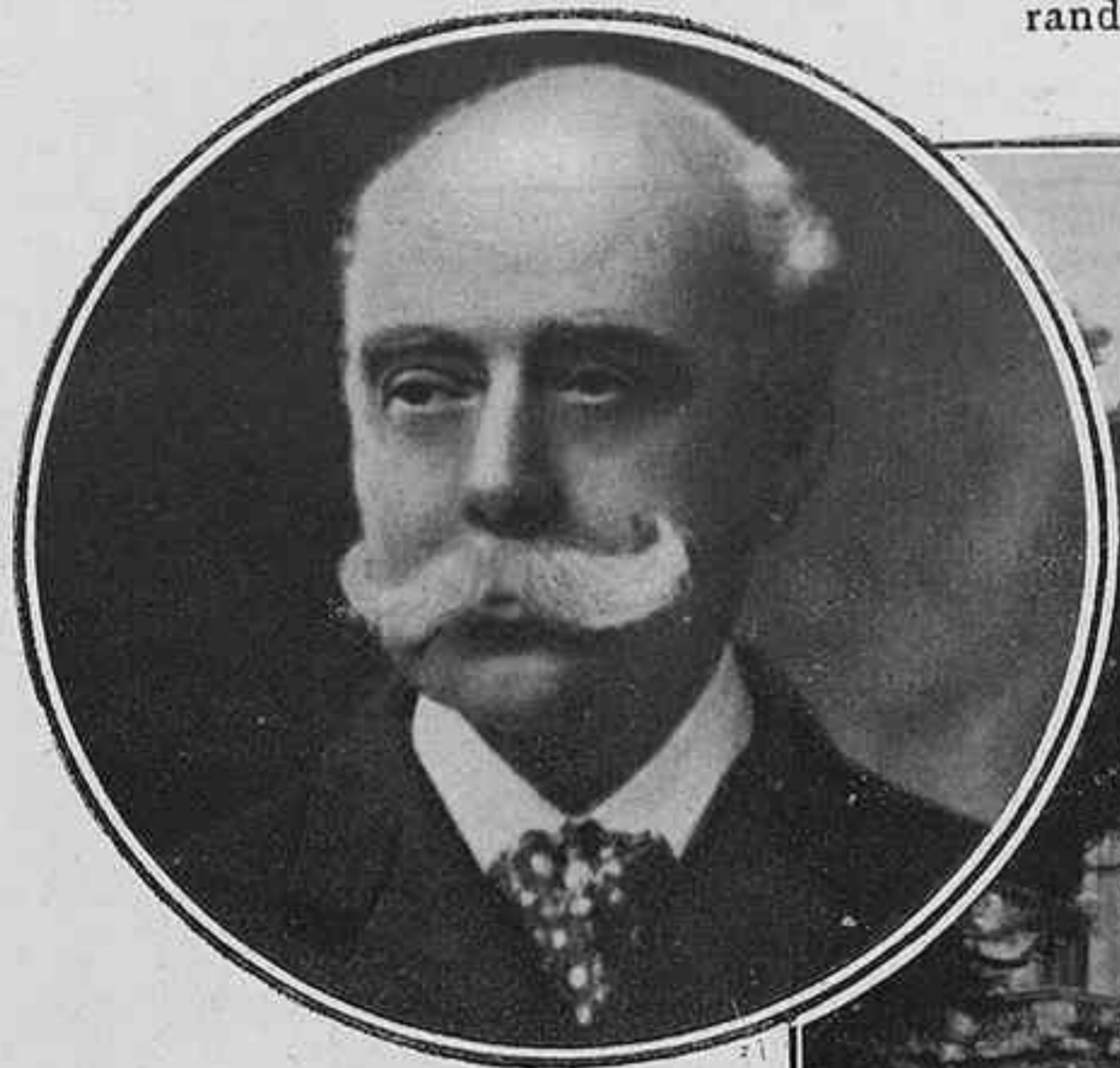
La noticia, sin embargo, resultó cierta, no tardando en hacerse público que Vedrines, solicitado por influyentes personalidades del mencionado distrito, en donde goza de gran popularidad, había resuelto presentar allí su candidatura. Inmediatamente comenzó el aviador su campaña electoral y no hay que decir que se valió del aeroplano como medio de locomoción para recorrer las diversas localidades que constituyen el distrito.

El resultado de la elección, que se efectuó el día 17 de este mes, puso de manifiesto que el candidato aviador contaba con grandes elementos: en efecto, habiendo votado 14.771 electores de los 19.992 de que consta el censo del distrito, Vedrines obtuvo 6.992 sufragios contra 7.692 que dieron el triunfo a su adversario, el radical socialista Sr. Bonnial.

BARCELONA

HOMENAJE AL «ORFEO CATALÁ»

Cuando a fines de noviembre último el *Orfeo Catalá* dió la audición completa de la monumental «Misa en si menor» de Bach, entre los admiradores de la benemérita institución surgió la idea de dedicar al maestro Millet, a los orfeonistas, al organista Dr. Schweitzer, a la Orquesta Sinfónica de Barcelona, en una palabra, a todos los que habían contribuido a la ejecución magistral de aquella obra un homenaje que, al par que fuese prueba de admiración y de agradecimiento, perpetuase



El Dr. D. José Paz, fundador y propietario del importante diario bonaerense *La Prensa*, recientemente fallecido en Monte Carlo.

EL DOCTOR D. JOSÉ PAZ

En Monte Carlo, en donde residía accidentalmente, ha fallecido hace poco el ilustre periodista argentino D. José Paz, fundador del importantísimo diario de Buenos Aires *La Prensa*.

El Dr. Paz había nacido en 1843 y a la edad de veintiséis años fundó el citado periódico, que, en sus comienzos, fué una pequeña hoja volante de importancia muy escasa; pero la inteligencia, la actividad y la buena suerte del experto periodista llegaron a convertir aquella modesta hoja en uno de los mejores periódicos del mundo.

La información de *La Prensa* es una de las más completas y por su redacción han desfilar los más eminentes publicistas argentinos, figurando además como colaboradores los literatos, hombres de ciencia y políticos más renombrados en el antiguo y en el nuevo continente.

Las oficinas y los talleres del periódico están instalados en un soberbio palacio de la Avenida de Mayo, en el que hay también teatro, sala de conciertos, restaurán, habitaciones para los redactores, cuartos para huéspedes ilustres, escuelas, consultorios de agricultura, derecho y medicina, etc.

Para su exclusivo servicio tiene también *La Prensa* una fábrica de electricidad instalada en un edificio aparte.

La colosal empresa periodística está regentada actualmente por D. Ezequiel M. de Paz, hijo del fundador que recientemente estuvo en España, y al morir su padre se hallaba en Ginebra; y es subdirector de la misma el notable periodista D. Adolfo Dávila.

El Dr. Paz figuró también en la política de su país y fué ministro de la Argentina en España y en Francia. Desde hace más de doce años vivía en Europa completamente retirado de los negocios; pasaba largas temporadas en París, en donde era muy conocido y poseía en Monte Carlo una elegante quinta, en la que ha fallecido.

La muerte del Dr. Paz ha sido sentidísima en la República Argentina y particularmente en Buenos Aires. Todos los periódicos publicaron encomiásticos artículos dedicados a su memoria y el gobierno dispuso que en los edificios públicos ondease la bandera a media asta y ha decretado honores especiales que se tributarán a su cadáver cuando sea éste desembarcado en aquella capital.

EL AVIADOR VEDRINES CANDIDATO A DIPUTADO

El aviador francés Vedrines, tan conocido y celebrado en el mundo deportivo por sus proezas y sus triunfos en el aero-



Monte Carlo.—Quinta en donde falleció el Dr. Paz. (Fotografías de World's Graphic Press.)

elegido senador. En un principio, muchos tomaron a broma la noticia, si bien no la conceptuaban disparatada recordando que no hace mucho sentóse en los bancos del Palacio de

en una palabra, a todos los que habían contribuido a la ejecución magistral de aquella obra un homenaje que, al par que fuese prueba de admiración y de agradecimiento, perpetuase



Barcelona.—Homenaje al «Orfeo Catalá» con motivo de haber ejecutado íntegra la grandiosa «Misa en si bemol» de Bach. (De fotografía de A. Merletti.)



El aviador francés Vedrines recorriendo en aeroplano el distrito de Limoux por donde se ha presentado candidato a diputado. (De fotografía de M. Branger.)

el recuerdo de uno de los más grandes acontecimientos registrados en los anales músicos de nuestra ciudad.

Iniciado el pensamiento por otra sociedad coral también de ilustre historia, *Catalunya Nova*, adhirieron con entusiasmo a él el Ayuntamiento, la Diputación provincial, multitud de asociaciones patrióticas y de cultura, sociedades corales y orfeones y gran número de admiradores del *Orfeo* y amantes de la música. El entusiasmo de todos estos elementos facilitó la labor de la comisión encargada de organizar el homenaje, la cual acordó que éste consistiera en la inauguración de una lápida conmemorativa en el «Palau de la Música Catalana» y en la entrega de un diploma a la Orquesta Sinfónica y de medallas de oro al maestro Millet, a los demás maestros del *Orfeo* y al Dr. Schweitzer y de plata a los orfeonistas.

En la mañana del día 17, que fué el designado para el homenaje, reunieron en el «Palau de la Música Catalana» todas las entidades antes citadas, muchas de ellas con sus banderas y estandartes y un número considerable de invitados. El concejal Sr. Ripoll, que ostentaba la representación del Ayuntamiento, descorrió una bandera catalana y entre los calurosos aplausos de los concurrentes, quedó al descubierto la lápida conmemorativa. Ésta, que es de mármol blanco, ha sido dibujada por el ilustre arquitecto D. Luis Doménech y Montaner, y dice, en catalán: «Al Orfeo Catalá y a su maestro Luis Millet los catalanes amantes del arte musical. Recuerdo de la ejecución en este Palacio, el día 28 de noviembre de 1911 de la Misa en si menor de Bach.»

Terminada aquella ceremonia, los concurrentes pasaron a la sala de espectáculos, en donde, después de la entrega del diploma a la Orquesta Sinfónica y de las medallas a los maestros y orfeonistas, pronunciaron elocuentes discursos los señores Mota, Calvet y Ripoll, en representación de los coros de Clavé, de la Diputación provincial y del Ayuntamiento, y el maestro Millet, y el *Orfeo Catalá* cantó algunas composiciones que le valieron delirantes aplausos.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



— Va usted a estar en esta cama lo menos quince días

Manuela la miró sorprendida.

—Sí, señora, tonterías. Está usted gastando dinero en el hotel e inútilmente.

—¿Gastando? ¿Cómo?

—Va a estar usted en esta cama lo menos quince días.

—¡Oh, Dios mío!

—Y no debe usted lamentarlo, porque en peor sitio podía haber caído; pero durante este tiempo, su cuenta del hotel corre.

Y con el acento más maternal, le preguntó:

—¿Hay algo que la obligue a usted a conservar una habitación en la Cruz de Provenza?

—Nada, señora.

—Los dueños del hotel ¿son amigos de usted?

—Me hospedé allí por casualidad.

—Pues bien, es preciso que hoy mismo pague allí lo que debe y mande traer aquí los equipajes; así, cuando esté usted restablecida, no tendrá que satisfacer la cuenta de un alojamiento que no habrá ocupado.

—Es verdad, y le agradezco el consejo.

—Y en el acto vamos a ocuparnos en ello. ¿Qué es lo que debe usted en el hotel?

—No sé; he pasado allí una noche.

—¿Y comidas?

—Por la mañana una taza de leche.

—Siendo así, poco debe subir la cuenta.

—Voy a dar a usted..., dijo Manuela esforzándose por meter la mano debajo de la almohada.

«La cartera.» pensó la comadrona; y calculando rápidamente que la deuda no podía exceder de una

veintena de francos, y que bien podía arriesgarse a este anticipo que obligaba a Manuela, dijo, encogiéndose de hombros.

—¡Deje usted! Ya ajustaremos cuentas. ¿En nombre de quien habrá que presentarse?

—En nombre de la señora viuda de Aspremont, respondió Manuela sonrojándose y haciendo un visible esfuerzo.

—¿De Aspremont? repitió Serafina sin manifestar el menor asombro. Corriente; ahora mismo voy a ocuparme en esto.

Salió de la habitación y envió a Palmira a la Cruz de Provenza.

—De Aspremont..., decía para sus adentros. Cerca de aquí hay un palacio de Aspremont... Esa mujer ha sido recogida en la calle del Sena... a dos pa-

... sos del palacio... Se hospeda en la ciudad Bergere... ¡hum!.. Me dice que es viuda... ¡hum!.. que está sola en el mundo... ¡hum!.. que viene de México... ¡hum! y no quiere decir una palabra de lo demás... ¿Quién podrá ser?... Es igual; el asunto toma un giro bastante satisfactorio, a lo menos para mí, y, como dice Pastouret, promete... ¡Calle! ¿Y si fuese a hablar de todo esto con Pastouret?

IX.—ARSENIO PASTOURET

No vivía lejos el tal Pastouret; en la calle de Bucí, hacia la encrucijada, en la frontera del barrio Latino, en donde se había divertido tanto en sus juventudes, y cerca del Palacio de Justicia, en donde, en su edad madura, buscaba sus clientes y sobre todo sus monedas de cinco francos. Porque Arsenio Pastouret era legista, con su despacho de consulta, y se ocupaba en litigios contenciosos, de colores difíciles y aun delicados, de compras y ventas de créditos sospechosos, de negociaciones de títulos no cotizados en la Bolsa, en una palabra, de toda la serie de operaciones que se designan en globo con el nombre genérico de asuntos dudosos. Pero en aquel oficio, en el que algunos se enriquecen, él no había hecho fortuna, pues conservaba todavía demasiado de aquel carácter vagabundo que durante tanto tiempo le había hecho arrastrarse por todos los tabernuchos del barrio, de aquella indiferencia, de aquella pereza que le hacían vivir al día.

Era, sin embargo, inteligente, había llegado a adquirir un conocimiento bastante perfecto del Código y sobre todo de sus triquiñuelas, y era capaz de dar un buen consejo a su cliente cuando no veía ningún interés en enredarle.

Pasaba bastante de los cuarenta, era alto, flaco, huesudo, con bigotes rubios largos, a la inglesa, y en los que serpenteaban ya algunos pelos de un blanco amarillento, calvo y miope, lo que le obligaba a usar lentes detrás de los cuales brillaban unos ojillos grises de pestañas quemadas por el humo del sempiterno cigarrillo que se consumía entre sus labios.

Estaba solo en su despacho, que de noche se convertía en dormitorio, esperando ¡cuánto tiempo hacía que la esperaba!, esa ocasión favorable que hay que asir por los cabellos, cuando llamaron a la puerta. Levantóse a abrir, porque vivía solo y no tenía dependiente, pensando que tal vez iba a verle la fortuna; pero al ver quién llamaba, se rectificó:

—No es la fortuna; es Serafina. ¡Hola, vieja mía! ¿Cómo estás?

Este saludo bastaba para explicar las relaciones... antiguas que habían debido crear esa cordial familiaridad entre Serafina Lardinois y Arsenio Pastouret.

—Más bien mal que bien, respondió amablemente Serafina; pero, en fin, se va tirando. ¿Y tú?

—Yo, pobre Fifina, lo mismo que tú. El crédito, muy enfermo; el pago al contado, retrasado las más de las veces. Sólo el apetito es siempre bueno, como en tiempos de la tía Gervasia que nos daba de comer por un franco y diez céntimos. ¿Te acuerdas?

Y encendiendo el apagado cigarrillo, hizo un gesto que recordaba también el tiempo antiguo.

—¡Bah! De todos modos bien nos hemos divertido. ¿Y qué te trae por aquí?

—Un asunto que quisiera consultarte.

—¿Cobros, litigios, consultas, redacción de documentos y contratos, constitución de sociedades? Pregunta muchacha, ya sabes que para ti no seré caro. Hemos sido bastante amigos para que ahora te sirva de balde... Me pagarás un aperitivo.

—No, Arsenio, no se trata de un negocio de éstos.

—¿Será que quieres casarte?

—No digas tonterías... Sucede en mi casa algo que no veo bien claro y que, sin embargo, sospecho que podría ser productivo; pero para esto sería preciso saber de ello más de lo que sé.

—¿De quién se trata?

—De una de mis pensionistas.

—¡Ah, vamos! ¿Tienes en tu establecimiento, una gacetilla..., un drama misterioso..., una desesperación amorosa..., una venganza de mujer?

—Siempre serás el mismo. Lo que tengo es esto.

Y sin omitir punto ni coma, refirió a Pastouret lo poco que sabía de su nueva pensionista, y que, aun siendo tan poco tenía muchos visos de fragmento de una historia extraordinariamente palpitante. Cuando hubo terminado, preguntó a su antiguo amigo:

—¿Qué opinas de esto, Arsenio?

—Muy extraño, en efecto, muy extraño.

—¿No te parece que este comienzo ha de tener una continuación? Pues ya que la suerte ha llevado este comienzo a mi casa, y no por uno o dos días, sino por semanas, yo te lo aseguro, mucho será que no pesque algo... Vamos a ver, Arsenio, aquí para entre los dos; si tu quisieras ayudarme...

—Siempre me ha encantado tu franqueza... Lo que tú quieres es saber algo de lo que ocurre en el palacio de Aspremont.

—Esto por de pronto.

—Esta misma noche te lo diré en tu casa, porque estando yo metido en el negocio es menester que conozca a esa dama.

—Pues hasta la noche.

Y Serafina se encaminó de nuevo a la calle del Escaldado mientras Pastouret, cogiendo su sombrero, se decía:

—Ese palacio de Aspremont me parece que debe estar cerrado a piedra y lodo; pero mucho será que no encuentre una rendija para mirar adentro.

Mientras Pastouret comenzaba a intervenir en la vida de la que sólo conocía con el nombre de Aspremont, Palmira, aleccionada por su alma, llegaba a la Cruz de Provenza.

¡Qué suspiro de satisfacción lanzó la camarera del tercero, la amiga de Madeleur, y con qué agilidad descendió al despacho cuando oyó por el tubo acústico que le decían:

—Francina, baje usted, que vienen de parte de la señora del 27 que falta desde ayer mañana.

Porque, en efecto, desde el día antes ella y Tres Zarpas estaban alarmadísimos. La joven que habían de vigilar y seguir, sin perderla de vista, había desaparecido como por arte de encantamiento. La víspera, Madeleur, después de esperar en vano tres horas noticias de Francina en el Internacional, se había dirigido al hotel lleno de inquietud.

—¿Qué hay?, había preguntado.

—No ha vuelto aún.

—¿Parece mentira! ¿Vendrá a comer?

—Es de esperar que sí.

Pero había llegado la hora de la comida, y la señora de Aspremont sin parecer.

—Vendrá a dormir, por fuerza, pensó Madeleur.

Y a la mañana siguiente corrió a interrogar a Francina, quien, con un gesto de dolorosa elocuencia, le dijo que la huésped tampoco había parecido por la noche.

—¿Y su equipaje?, preguntó el croupier.

—Arriba está.

—¿No ha mandado ningún recado?

—Ninguno.

—Si Delorme nos trata de imbéciles, no le faltará razón... ¿Y ahora qué hacemos?

—Mientras no le haya sucedido alguna desgracia.

—Se sabría.

—Si hubiese topado con criminales que la llevaran a un sitio solitario para desbalijarla y luego...

Y con la mano hizo un gesto cortante muy significativo.

—¡Anda, mujer! ¡En pleno día!

—Es que después del día ha habido la noche.

Y Madeleur se había separado de Francina, murmurando con desolación:

—¡Voto a...! ¡Es desesperante! Un negocio que había de darnos tanto dinero...

Esto explica por qué la camarera había bajado de cuatro en cuatro los escalones al oír que le hablaban de la señora del 27.

—¿Qué, ha vuelto ya?, preguntó entrando como un rayo en el despacho.

—No; vienen por su equipaje, respondióle la dueña del hotel.

—¿Quién?

—¿Y a usted qué le importa? ¿Conoce a esa gente?

—No, señora, contestó Francina, comprendiendo que iba a cometer una imprudencia. He dicho esto como pudiera haber dicho otra cosa.

—Pues bien; diga usted a esa muchacha dónde encontrará el equipaje de la señora.

—Está bien, replicó Francina con la mayor indiferencia. Si la señorita quiere venir conmigo, se lo enseñaré.

Por el camino, Francina, mirando a Palmira de reojo, pensaba en cómo la sonsacaría; pero no hubo de esforzarse para ello, pues la criada de la señora Lardinois, que no deseaba otra cosa que hablar, le contó todo lo que sabía con el placer y el entusiasmo de toda comadre, joven o vieja, que encuentra ocasión para chismear de firme. Así es que cuando se llevó el modesto equipaje de la que allí era conocida como viuda de Aspremont, Francina sabía cuanto deseaba saber, entre otras cosas, que la extranjera, asistida entonces en casa de la señora de Lardinois tardaría bastante tiempo en abandonar el lecho. Pocos minutos después, enterábase de la aventura de Tres Zarpas.

—De buena hemos escapado, dijo; pero ahora podemos estar tranquilos. La pieza no se nos escapará y Delorme llegará a tiempo.

Pero si Francina había merecido los elogios de Madeleur, sintetizados en esta frase: «Chiquilla,

aunque no tienes todavía diez y nueve años, eres lista como una mujer envejecida en el crimen y vas siendo linda como una muñeca; tu irás lejos si por el camino no se te come el lobo;» si Francina había salvado el honor y acaso la caja del sindicato Delorme, Madeleur y Compañía; Pastouret, que trabajaba por cuenta de la sociedad Arsenio y Fifina, tampoco había perdido el tiempo.

En efecto, no tardó mucho en aparecer de nuevo en la calle del Escaldado.

—Buenos días, Fifina, dijo al entrar en la pequeña pieza que servía a la comadrona de despacho, de locutorio y de sala de consultas. ¿Estás segura de que nadie puede escucharnos detrás de las puertas?

—Tú sabes algo, exclamó en seguida Serafina acercándose a él. Nadie puede escucharnos... Cuenta, cuenta pronto.

—No te diré de qué medio me he valido, porque sería largo de referir; me limitaré a lo que nos interesa. Esos Aspremont están representados solamente por un señor no joven y viudo.

—¿Será éste el?..

—No interrumpas inútilmente. Este hace tiempo que está retirado; además bien sabes que esta señora es viuda... Ahora bien, ese caballero tenía un hijo a quien mataron no hace aún un mes en México.

—¿Y qué hacía en México?

—Era teniente de caballería... Parece que la historia empieza a interesarte... Pues bien, esa señora que está aquí en tu casa, que llega de México y que fué recogida a pocos pasos del palacio de Aspremont...

—Y que se hace llamar viuda de Aspremont...

—Salía del palacio, cuando cayó en la calle...

—Y desocupó antes de tiempo...

—Lo que no es de extrañar dado lo que acababa de sucederle.

—¡Ah, ya lo sospechaba!

—Tú lo sospechabas pero yo lo sé: acababan de arrojarla del palacio de Aspremont, con orden a los criados de que no la dejasen entrar nunca más. Esto lo sé por un tal José que ha recibido, como los demás, la orden del sobrino del dueño. De ello he deducido naturalmente que era mexicana y el hijo de Aspremont... Si se casaron o no, lo ignoro; lo que sé es que esa señora venía encinta y que llegó anteayer para formular una reclamación al padre de Aspremont, cuyo nombre lleva..., tal vez porque tiene derecho a ello. Lo que adivino es que este derecho no está muy claro, puesto que el padre la ha puesto sin contemplación alguna de patitas en la calle. Y lo que deduzco es que acaso habría dinero a ganar poniéndose de parte de esa mujer. Si realmente es viuda del teniente y se la ayuda a hacer entrar en razón a ese padre de Aspremont, que no quiere saber nada y que ignora que es abuelo, necesariamente habrá de mostrarse agradecida, y este agradecimiento bien podría llegar al veinte o al veinticinco por ciento de lo que le hiciésemos cobrar.

—Y esos Aspremont ¿son ricos?

—Archimillonarios.

—De modo que la niña heredaría...

—Si la madre estuvo casada, sí; pero de lo contrario nada podría hacerse.

—¿Y cómo averiguarlo?

—Confesándola, dejando que yo la vea; sería juego de pocas tablas.

—Sin embargo, no puede llevarte junto a su lecho, así de sopetón, sin ningún pretexto.

—Pretexto le habría y bueno.

—¿Cuál?

Arsenio explicó tan bien su proyecto a Fifina, que ésta, en un transporte de admiración exclamó:

—¡Eres un genio!.. Tu idea es magnífica. Toma el diario e instálale en el despacho, que en el momento oportuno te llamaré.

La señora Lardinois entró en el cuarto, en donde la enferma, parecía olvidarlo todo abismada en la adoración de aquella niña que, con los ojos cerrados, tomaba el pecho que su nodriza, una joven gruesa y palurda, le daba con plácida indiferencia.

—¡Miren la glotonal, exclamó Serafina.

Y dirigiéndose a la nodriza, le dijo:

—Vaya usted también a comer algo; es preciso reemplazar lo que esa señorita consume.

—¿Pero, volverá en seguida?, preguntó Manuela.

—¡Por supuesto! He hecho salir a esa mujer porque ahora que está usted tranquila y que todavía no tiene fiebre hemos de ocuparnos en otra cosa... ¡Oh nada tema usted!, añadió contestando a la inquieta mirada de su pensamiento. Me refiero a la declaración referente a la niña.

Viendo que la enferma seguía mirándola alarmada, le preguntó:

—¿No se hace esto en su tierra?.. Pues aquí hemos de dar parte a la alcaldía dentro de tres días a

fin de que el recién nacido sea inscrito; y si yo, como directora de este establecimiento, no lo hiciese, incurriría en la pena de seis días a seis meses de cárcel.

—Pues vaya usted en seguida señora... Si lo hubiese sabido antes...

—No se apure usted, tenemos tiempo todavía. Para ello se necesita la declarante, la que ha asistido al nacimiento, que soy yo, y además dos testigos varones. Precisamente está ahora aquí de visita un amigo mío, abogado, que no me negará este favor y en cuanto al otro ya sé dónde encontrarlo. Sólo me faltan las indicaciones que hay que dar al empleado. Vamos a ver: una niña que se llama...

—Rolanda.

—Rolanda, corriente. ¿Y cómo la inscribiremos?, preguntó Serafina tras una corta vacilación, porque empezaba entonces la parte delicada.

Manuela no comprendía bien.

—Sí, usted me ha dicho que es viuda y yo no le he preguntado más; pero en el registro civil son más exigentes y no conviene hacer inscribir en él lo que no sea cierto.

Y en vista de que la mirada de Manuela expresaba cada vez más inquietud, añadió:

—En resumen, si es usted casada es menester dar el nombre de su marido y el de usted; y si la niña es hija natural...

—¡Mi hija es legítima, señora!, exclamó Manuela incorporándose a medias, gracias a un esfuerzo violento y doloroso.

—Así lo creo; no hay necesidad de que se agite usted. Dígame sencillamente los nombres de su esposo.

—Rolando de Aspremont.

—¿Fallecido, no es verdad?

—Sí, hace un mes, en México.

—Y por supuesto, dijo Serafina afectando indiferencia, que no habrá usted venido de tan lejos sin traer los papeles.

—¿Mis papeles?

—Sí, el acta matrimonial, la fe de óbito de su marido.

—No, señora; no tengo nada de esto, pero...

—Veo lo que va usted a decirme, que hay aquí parientes de su esposo que pueden certificar.

Y deteniéndose de nuevo la palabra en los labios de la enferma que de pronto se habían estremecido, continuó, como complaciéndose en lo que decía:

—Porque para que los testigos declaren que es usted casada es preciso que estén seguros de no declarar en falso; sin ello no se arriesgarían porque podría costarles caro.

Y sin fijarse, al parecer, en la espantosa alteración del semblante de Manuela, prosiguió:

—Los parientes de su marido deben ser los señores de Aspremont que viven cerca de aquí. Allí podré enviar por los datos necesarios ¿no es verdad?

—¡No, no!, gritó Manuela como alocada.

—¿Por qué?

—Es imposible..., se lo prohibo a usted.

Y en aquel momento, por la mente de la desdichada pasó la visión de aquella espantosa escena del palacio de Aspremont, y con la visión el recuerdo, aun más abominable, quizás, de las amenazas de Francisco de Lorgerac.

—Vamos, dijo Serafina con acento más bonachón: veo que no está usted muy bien con la familia de su esposo; lo sospechaba; ¡Ay, hija mía!, no es usted la primera. Pero el estar en desacuerdo con su suegro no es razón para que abandone usted sus derechos y los de su hija, porque el acta de nacimiento nos acompaña hasta la muerte. Sin embargo, en la situación de usted sobre todo, conviene que no haga usted tonterías o que las hagamos nosotros por usted, porque ello podría ser peligroso. Lo primero es tener la ley de nuestra parte, y los que como usted y yo y todas las mujeres no la conocen gran cosa, hemos de empezar por aconsejarnos de quienes la conocen... Por fortuna está aquí, como ya le he dicho, mi antiguo amigo, el abogado que sabe donde tiene la mano derecha... Ea, voy a buscarle.

Y sin esperar la respuesta de Manuela, abrió la puerta y llamó a Arsenio:

—Señor Pastouret, haga usted el favor de entrar... Se trata de un informe, de un pequeño favor a una de mis pensionistas.

Esta era la estrategia que Arsenio había indicado a Fífina; gracias a ella habíase introducido en la plaza.

La señora Lardinois, sin dar tiempo a Manuela de que protestase, relató lo que ella llamaba pequeñas contrariedades de su pensionista, a Pastouret, quien escuchaba gravemente formulando objeciones o pidiendo pormenores. Y como la enferma, presa de una fiebre de inquietud, se volvía loca ante la idea

de que en un registro público pudiese flagelarse a su Rolanda con la insultante calumnia de «hija natural», y contestaba a las preguntas apremiantes del agente de negocios acabando por revelar toda su espantosa aventura. Pastouret, a los pocos instantes, había podido hacer a Serafina una mueca significativa de augurio desagradable. Y cuando al fin supo todo lo que quería saber, dijo meneando la cabeza:

—Mal negocio; no encontrará usted ningún testigo que certifique que esa niña es hija de legítimo matrimonio.

—¿Qué hacer, pues?

—Inscribirla como hija de padre desconocido.

—¡De padre desconocido! Sería una mentira, un insulto a mi hija, a su padre y a mí.

—La ley, replicó Pastouret, prohíbe mencionar el nombre del padre si éste no es el marido de la madre.

—Pero si ya le he dicho a usted...

—Los dichos de nada sirven; mejor sería probar, y usted, pobre señorita, ni prueba ni probará nunca. En cuanto a la señora Lardinois, debo prevenirle que si hiciese la declaración tal como usted se la pide, caería dentro del artículo 147 del Código penal que castiga con trabajos forzados a los culpables de falsedad en documento público. Esa niña sólo puede ser inscrita como hija de la señorita Manuela Casteras y de padre desconocido.

—¿Y no se mencionará el nombre de Aspremont?

—La ley lo prohíbe.

—Y mi hija será...

—Una hija natural.

—¡Y seré yo quien la habrá marcado con ese estigma! Hay para dudar de la justicia de Dios.

Y en aquella habitación sombría, en aquel lecho que volvía a serlo de tortura, estalló una crisis de desesperación de locura que llegó a espantar a la comadrona, impotente para calmar y dominar a aquella desesperada, trabándose una verdadera lucha entre aquella loca que quería levantarse, huir, y Serafina y Palmira que a duras penas podían sujetarla.

Pastouret, en tanto, se escabulló diciendo al oído de su amiga:

—Despídetes de este negocio, que sólo puede ocasionarte disgustos... Si esa mujer fuese una pícaro redomada, quizás podría hacerse algo; pero apuesto a que nos ha dicho toda la verdad y con una inocente así nada hay que esperar. Si tiene dinero, como crees, hazte pagar bien, que es lo único que sacarás.

Durante toda aquella noche, Serafina y Palmira no se apartaron un momento del lado de la cama de Manuela. Lo que había comenzado como un acceso de desesperación era ahora un acceso de fiebre más violento, más terrible quizás que aquél. Una fiebre que producía a la enferma todas las alucinaciones, todos los espantos del delirio, que congestionaba su cara sobre la cual se pegaban sus cabellos negros, bañados en un sudor viscoso, que exasperaba locamente la pulsación de sus arterias.

—Ciento veinte..., ciento treinta, murmuraba Serafina. No creo haber visto nunca un pulso tan agitado como éste.

De pronto, a las alucinaciones y al delirio añadiéronse gritos de sufrimiento; la enferma se llevaba de continuo las manos a los costados como para rechazar un dolor persistente, agudo y arrojaba violentamente las sábanas como si su pobre cuerpo no pudiese soportar el peso más ligero.

La comadrona, fruncidas las cejas, procuraba ejercer con las manos presión en un sitio que su experiencia profesional le hacía conocer y temer. Entonces la enferma lanzó un grito que nada tenía de humano y que denotaba un sufrimiento atroz.

—Ya me lo temía, dijo en voz baja Serafina a Palmira; después de lo ocurrido ayer, no podía suceder otra cosa. Ya se ha presentado la temible fiebre...

—De esto se puede morir, ¿no es verdad?

—Las más de las veces, sí; pero además es contagiosa y esto es lo que me inquieta, porque tengo cuatro pensionistas.

—Y qué va usted a hacer?

—No esperar a que mi casa esté apestada y hacer transportar en seguida a la enferma al hospital.

—¿Y se halla en estado de ser trasladada?

—Con tal que llegue, lo demás no me importa; aparte de que un poco antes o un poco después... De todos modos está perdida; es cuestión de tres o cuatro días.

—¡Pobre mujer!

—¡Bah! Es tan desgraciada que la muerte será un descanso para ella y para las demás.

—¡Y la niña!

—Hoy ha querido la enferma pagar el primer mes de la nodriza, los gastos de la canastilla..., ¡qué se yo! Al ama voy a enviarla a su casa con la criatura y cuando vea que no le pagan el segundo mes, se

arreglará como quiera..., llevará la chiquilla a la Casa de Expositos.

Palmira clavó una mirada elocuente en la almohada sobre que descansaba la cabeza de la enferma, inmobilizada ahora por una reacción de sopor profundo.

—¿Y la cartera?, preguntó.

—Me reembolsará de lo que se me debe, y como los parientes no vendrán de México a reclamarla...

—Usted será la heredera.

—Además, sospecho lo que había ahí dentro y me figuro que la herencia no será cuantiosa.

Mientras esto decía, había deslizado la mano debajo de la almohada que la enferma no tenía ya alientos para defender, y cogiendo la cartera, metió-sela en el bolsillo.

—Ya es mía; y ahora no te muevas, que yo voy al hospital.

X. — EN EL HOSPITAL

En la gran sala, en donde la luz matinal entraba por anchas ventanas, había cuatro hileras de camas, y en cada una de éstas yacía un sufrimiento, el sufrimiento de un ser delicado y débil, de una mujer joven. Porque todas las enfermas de aquella sala eran jóvenes y casi todas bonitas; y aquella belleza inspiraba una honda piedad.

En aquella época, a fines del Imperio, los servicios hospitalarios estaban confiados a hermanas de la Caridad y no se sospechaba aún la revolución que los nuevos métodos antisépticos habían de originar en la ciencia médica. Las maternidades y los hospicios eran focos de pestilencia y la mortalidad, especialmente entre las parturientas, era espantosa y aun se cita hoy la terrible frase del profesor Pablo Dubois en el curso de una de sus clínicas: «Más le vale a una mujer dar a luz en la calle que en una sala de nuestros hospitales.»

Allí estaba, desde hacía varios días, la enferma admitida con urgencia ante las vivas instancias de la comadrona de la calle del Escaldado; y junto a su cama deteníase aquella mañana el médico director, que hacía su visita de costumbre.

—¿Y de ésa, qué opinamos hoy, señor Lecoutellier?, preguntó familiarmente a un joven alto que llevaba el delantal de interno.

Era éste un mozo robusto, de anchos hombros y cabellos castaños, espesos y sedosos, de esos que no resisten a las velas laboriosas, a las batallas de la memoria, de la inteligencia, de la voluntad, a lo que constituye «el trabajo» en la más noble acepción de la palabra. Llamábase Claudio Lecoutellier y era un trabajador, un investigador de los secretos del cuerpo y del alma, que se hallaba muy por encima de los de su generación. Sus maestros decían de él «Nos supera a todos;» y sus compañeros reconocían su brillante superioridad y no se recataban de proclamarle el mejor. En cambio no le habían llamado el más alegre. Había demasiada calma en aquellos grandes ojos pardos que parecían leer el pensamiento de aquel a quien miraban; había demasiada gravedad juvenil en aquel semblante de facciones vigorosas y bellas en su armoniosa amplitud; y en aquel espíritu apasionado de todas las cosas de orden superior había demasiada indiferencia para lo que generalmente apasiona a los jóvenes. En medio del ruido del barrio Latino, era como un transeunte que echa una mirada de curiosidad, pero se aleja rápidamente hacia donde le llevan todos sus instintos, sus pasiones y sus esperanzas.

Era del Jura, de aquella raza fuerte nacida entre montañas sembradas de peñascos grises. Su padre, un trabajador de la tierra, casi un labriego, había tenido la ambición de hacer de su hijo un hombre que fuese, un día, un obrero del pensamiento; su sueño iba a realizarse, pero la muerte se lo llevó antes de que pudiera ver a aquel hijo superar sus más orgullosas esperanzas. Y en su lecho de agonía había dicho al muchacho, que apenas podía contener las lágrimas, mostrándole a su pobre madre que sollozaba y rezaba:

—Te confío la que ya no te tendrá más que á ti en el mundo... Serás un buen hijo..., un buen trabajador..., y sobre todo, un hombre honrado..., y muero tranquilo.

Claudio no olvidó jamás aquella suprema despedida. Jefe de familia, arrendó la propiedad rural que, con unas modestas rentas, constituía su pequeña fortuna y alquiló para su madre y para él, en Passy, en la calle de la Torre, un pabelloncito anejo a una vasta propiedad desde donde podía, si no disfrutar, ver un extenso jardín plantado de hermosos árboles.

(Se continuará.)

ROMA.—ATENTADO CONTRA LOS REYES DE ITALIA



El palacio Salviati momentos después de cometido el atentado

Detrás de una de las columnas estaba oculto el regicida al perpetrar su crimen. (De fotografía de Carlos Abeniagar.)

El día 14 de este mes los reyes Víctor Manuel y Elena de Italia se dirigían al Panteón para asistir a la misa que todos los años se celebra en tal fecha por el alma del rey Humberto I, cuando al pasar por la Vía Lata un sujeto que se hallaba escondido detrás de una columna del palacio Salviati disparó contra ellos tres tiros de revólver.

Al sonar el primer disparo, las fuerzas de la escolta real se agruparon en apretadas filas en torno del coche regio para proteger con sus cuerpos a SS. MM. y el jefe de la misma, comandante Lang, cayó gravemente herido al segundo disparo hecho por el regicida.

Un *chauffeur* y un cochero arrojáronse inmediatamente sobre el criminal sujetándolo e impidiéndole que continuase disparando su revólver y lo entregaron a los agentes de la autoridad, que a duras penas pudieron salvarlo de las iras del pueblo que quería lincharle.

El comandante Lang fué conducido al hospital de San Jacobo, y los soberanos, a quienes la multitud no cesaba de aclamar, prosiguieron su camino hacia el Panteón. A la sa-

liña de éste, terminada la misa, SS. MM. fueron objeto de nuevas ovaciones; la muchedumbre, que había engrosado extraordinariamente, acompañólos hasta el Quirinal, agitando banderas nacionales y pañuelos, prorrumpiendo en ardorosas aclamaciones y obligando a las augustas personas a salir a uno de los balcones de palacio. La ovación que entonces les tributó aquella masa de millares de personas que llenaban por completo la plaza del Quirinal, fué verdaderamente indescriptible y se prolongó largo rato, aun después de haberse retirado los monarcas a sus habitaciones.

Poco después, el rey Víctor Manuel, en automóvil descubierto y sin escolta, dirigióse a visitar al comandante Lang; la entrevista entre el monarca y el herido fué en extremo conmovedora, enterándose minuciosamente el primero del estado del paciente, felicitándole por su serenidad y valor y haciéndole presente su agradecimiento.

Al enterarse del atentado el presidente del Consejo de Ministros Sr. Giolitti fué a felicitar a los soberanos y a palacio acudieron, a firmar al álbum, todos los ministros, miembros



S. M. el rey Víctor Manuel III de Italia, que ha sido recientemente objeto de un atentado del cual ha resultado felizmente ileso. (De fotografía de C. Trampus.)

del cuerpo diplomático, funcionarios e innumerables personalidades; y de toda Italia y de los jefes de Estado y gobiernos del extranjero se recibieron en el Quirinal expresivos telegramas congratulándose de que SS. MM. hubiesen salido ilesos del atentado.

Al abrirse aquella misma tarde la sesión de la Cámara de los Diputados, el Sr. Giolitti hizo constar la satisfacción del gobierno por el fracaso del atentado; el presidente Sr. Marcora ofreció el homenaje de la Cámara y de toda la nación a la dinastía; el Sr. Lacava, decano, hizo constar la indignación de la asamblea y el Sr. Sonnino recomendó la unión de todos los italianos en torno del trono. Después se levantó la sesión y todos los diputados se dirigieron en corporación al palacio real, figurando en la comitiva varios socialistas y un republicano. Lo propio ocurrió en el Senado, en donde pronunciaron patrióticos discursos el presidente del Consejo, el presidente de aquella Cámara y el Sr. Tittoni.

Durante todo aquel día y el siguiente repitieronse las manifestaciones en honor de los reyes, no sólo en Roma, sino también en toda Italia. Entre ellas revistieron especial importancia la de los niños de todas las escuelas públicas de Roma y la de los albañiles, oficio a que pertenecía el regicida, que acudieron al Quirinal aclamando a los soberanos, quienes con sus hijos hubieron de salir varias veces a los balcones de palacio para corresponder a las muestras de afecto del pueblo romano. — S.



Grandiosa manifestación popular delante del Quirinal después del atentado. Los reyes desde uno de los balcones del palacio saludan a la multitud. (De fotografía de Carlos Abeniagar.)

VALENCIA.—LAS «FALLAS» DE SAN JOSÉ

(Fotografías de V. Barberá Masip.)



Un luchador esperando el ataque de un tigre en el Circo romano, falla alusiva a la guerra que España sostiene en Marruecos (premio especial)



«¡Ya vorem!» falla alusiva al proyectado ferrocarril directo de Valencia a Madrid (segundo premio)

A pesar de lo desapacible del tiempo, estuvo animadísima la tradicional fiesta de las fallas que la víspera de San José se celebró, como todos los años, en la ciudad de Valencia

Los falleros, en general, este año se han lucido, y por el número y la calidad de sus obras merecieron los elogios del público, aunque no falte quien se lamenta de que el arte se haya enseñoreado excesivamente de esta fiesta quitándole el carácter de espontaneidad y popularidad que constituía uno de sus mayores encantos. Además el mercantilismo ha hecho este año su aparición entre las fallas, alguna de las cuales ha servido para anunciar algún producto industrial. Una de ellas, por ejemplo, la levantada en la plaza de Mariano Benlliure servía de reclamo a un papel de fumar especial, y precisamente esta falla, que era una alegoría de la Tabacalera, ha sido una de las más celebradas y la que ha obtenido el primer premio. En ella se ven varios fumadores pálidos y desenchajados por los efectos del tabaco que suministra la Arrendataria, y en lo alto un accionista de ésta arrellanado en una butaca riéndose de la desgracia de los consumidores.

El asunto que ha merecido la predilección de los falleros ha sido el del proyectado ferrocarril directo de Valencia a Madrid, del que se habla mucho y cuya construcción es muy solicitada por los valencianos y muy conveniente a aquella región y al país

en general, y que, sin embargo, no acaba nunca de ser un hecho. Cinco o seis fueron las fallas alusivas a este asunto, habiendo llamado particularmente la atención la levantada en la esquina de las calles de Cuarte y Palomar, obra de los señores González y Cortina, que figuraba un labrador cantando a la luna de Valencia, mientras espera sentado en una locomotora que no anda.

Una de las fallas más intencionadas y que más se ajustaban al carácter de la fiesta fué la de la plaza de Collado que figuraba el escenario de un Salón de Varietés con una descocada cupletista, y una parte de la sala con los músicos y algunos viejos verdes.

Hubo también fallas alusivas a la supresión de los consumos y a otros sucesos de actualidad; otras de mayor sentido filosófico, como la de *El Amor y el Interés*, una cupletista que brinda sentada en el canto de un duro debajo del cual aparece aplastado el amor, y alguna que se distinguió al mismo tiempo que por su intención por su carácter artístico, como la que hacía alusión a la guerra de Melilla y que representaba a un luchador romano, España, esperando en el Circo el ataque de un tigre, los moros, mientras las potencias aguardan el resultado de la lucha.

El Jurado, compuesto de los señores alcalde, Paredes, Banquells, Alzaga y Alcou y de los artistas señores Benedito y Palau, recorrió todos los sitios en donde se habían levantado fallas y reunido después en el Ayuntamiento, dictó el siguiente fallo:

Primer premio (250 pesetas), a la falla instalada en la plaza de Mariano Benlliure *Estragos del tabaco*.

Segundo premio (150 pesetas) a la falla del cruce de las calles de Cuarte y Palomar «¡Ya vorem!» alusiva al ferrocarril directo de Valencia a Madrid.

Tercer premio (100 pesetas) a la falla de la calle de San Vicente titulada *Muerte de los consumos*.

Además el Jurado concedió otros tres premios especiales a las fallas antes descritas: la alusiva a la guerra de Melilla; la de *El Amor y el Interés* y la que simbolizaba a los viejos verdes que concurren a los Salones de Varietés.



Estragos del tabaco, falla alusiva a la calidad del tabaco que suministra la Arrendataria (primer premio).—Falla de «El Amor y el Interés» (premio especial)
Falla ridiculizando a los viejos verdes que frecuentan los Salones de Varietés (premio especial)

PARÍS.—LA FIESTA DE LA «MI-CAREME»



La Reina de las reinas saliendo del palacio del Elíseo

Con la animación de costumbre, celebróse el día 14 de este mes en París la tradicional fiesta de la *Mi-Careme*. La Reina de las reinas, la hermosa señorita Paradis, iba en una magnífica carroza que representaba un globo terráqueo arrastrado por cuatro colosales caballos; junto a la reina agrupábanse lindas jóvenes que eran sus damas de honor.

En la comitiva figuraban numerosos carros alegóricos satirizando algunos de los sucesos acaecidos en estos últimos tiempos que más han llamado la atención de los parisienses.

El cortejo se dirigió, recorriendo los bulevares y las calles principales de la capital, a la Prefectura de Policía, al Ayuntamiento y al palacio del Elíseo, en donde la Reina de las reinas fué saludada respectivamente por el prefecto, el alcalde y el secretario del presidente de la República, que la obsequiaron con varias joyas.

Este año, la cabalgata de la Reina de las reinas no ha sido la única celebrada en París con motivo de la fiesta de la *Mi-Careme*; además de ella, ha habido la de la Rosa de las Rosas, o sea la reina de la orilla izquierda, que acompañada de multitud de estudiantes y seguida,



El carro de la Reina de las reinas. (De fotografías de M. Branger.)

como su rival, de numerosas carrozas construídas con gran arte y con gran derroche de buen humor, recorrió también las más importantes vías y visitó asimismo a las autoridades antes mencionadas, recibiendo igualmente de éstas valiosos regalos.

Y para completar la animación de aquella jornada hubo la cabalgata nicense organizada por el *Petit Journal* que, a costa de grandes gastos, hizo transportar a París las principales carrozas que habían figurado en el último Carnaval de Niza.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

PENSAMENTS, por *J. Leopardi*. Traducción catalana de *Alberto Aldrich*. — En un volumen que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç», que con tanto éxito se publica en esta ciudad, se han reunido, cuidadosamente escogidos, gran número de pensamientos de Leopardi, acerca de cuyo valor moral y literario nada hemos de decir, tratándose del gran polígrafo italiano. La traducción catalana está hecha

con gran esmero y cariño. Un tomo de 108 páginas; precio, cincuenta céntimos.

PSICOLOGÍA DEL POEMA «EL INGENICSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA», por *Ubaldo Romero Quiñones*. — En este libro, el conocido sociólogo cervantista Sr. Romero Quiñones trata de explicar la doctrina que bajo sus simbolismos encierra el inmortal libro de Cervantes y los motivos de las aventuras de su famoso héroe, interpretando y aplicando sus enseñanzas a la vida real y al gobierno de los pueblos. Un tomo de 112 páginas, impreso en Madrid en el estableci-

miento tipográfico de Juan Pérez Torres. Precio, dos pesetas.

ALMANAQUE DEL DIARIO DEL COMERCIO PARA 1912. — Contiene estadísticas y datos muy interesantes para el comercio y la industria, informaciones acerca de las más importantes entidades mercantiles e industriales de esta ciudad y la memoria de las principales gestiones hechas por la Cámara de Comercio desde 1.º de octubre de 1910 a 30 de septiembre de 1911. Un folleto de 80 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía Altés.

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holzt.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA DEBILIDAD Curada por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico. el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

PENSIÓN PARA ENFERMOS DE LOS NERVIOS
— especialmente para —
EPILEPTICOS, HISTÉRICOS Y NEURASTÉNICOS
Tratamiento medicinal sin bromuro según el método probado del Dr. Rosenberg. Dieta según la prescripción del Dr. Rosenberg. Sobre la base de las experiencias precedentes se puede contar con muy buenos éxitos.
Hermana de caridad Else Moeller. SEÑORA KNOP
Berlín.—Charlottenburg, Uhlandstr. 185/186.

PÍDASE PROSPECTO J. A.
ZEITZ
GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.
SE VENDEN DIRECTAMENTE POR
E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA
Wetzlar (Alemania)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.